

I JORNADAS SOBRE USOS Y RECEPCIÓN DE LA HISTORIA ANTIGUA.
"El antiguo Egipto como fantasía moderna: a cien años del descubrimiento de la tumba de Tutankhamón"
17 y 18 de noviembre de 2022. Buenos Aires, Instituto de Historia Antigua Oriental "Dr. Abraham Rosenvasser (FFyL-UBA)"

Comentario al trabajo “*La Huella Egipcia en la Unión Soviética: Un camino por la(s) Escuela(s) Soviética(s) de Egiptología*”, de Lisandro Machado Zubeldía

Lic. Gabriel Piro Mittelman¹

En primer lugar me gustaría decir que el texto puede ser leído, y creo que es uno de sus méritos, desde varios registros: tanto desde una historia las elaboraciones historiográficas sobre la Historia antigua, desde una historia intelectual e institucional de la egiptología soviética, como también desde una mirada sobre el impacto y recepción de las experiencias de la antigüedad en el entramado social y político del siglo XX. Me gustaría aquí detenerme en este último aspecto.

Como señala la ponencia es improbable comprender este proceso de recepción sin contextualizar y analizar las dificultades de una formación política tan compleja como la URSS. Cada coyuntura en los 80 años de su historia está atravesada por el doble influjo de sus conflictos intestinos y de su política exterior. A su vez, es difícil separar la vida política de la URSS de otras instituciones como el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) o la propia Internacional Comunista (IC). Y en este sentido el texto logra dar pistas de este entramado: la egiptología no es autónoma de problemas tales como la “cuestión de las nacionalidades” dentro del antiguo imperio Ruso (agudizada durante la revolución y la época estalinista), de las lecturas sobre “oriente” en la diplomacia soviética, y tampoco de la

¹ Prof. y Lic. en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y becario doctoral (UBACyT), con lugar de trabajo en el Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani».

doctrina oficial del régimen, que incorporaba una interpretación global sobre la historia universal. No obstante, del texto se desprende que en este cruce entre historia y política, también se pueden detectar un flujo de corrientes de pensamiento e información que parecen ser más duraderas, menos zigzagueantes: la permanencia de libros, de grupos de investigación, de objetos arqueológicos, de ciertos saberes y proyectos que de algún modo se sostienen de generación en generación y que permiten reconstruir el hilo que el autor propone.

Y creo que en este punto la ponencia se vincula a un debate frecuente en los estudios sobre el comunismo, particularmente dentro de la historia intelectual que los aborda, referido a los niveles de autonomía de las producciones culturales e intelectuales de los partidos comunistas y entre ellos, el de la propia URSS. Si bien resultan cuestiones difíciles de mensurar, existe cierto consenso en torno a que ver únicamente disciplina y reproducción mecánica de la “línea” en las producciones culturales, es tan limitado como pretender desligar las mismas del férreo control de la burocracia estalinista sobre las mismas. De ahí que el trabajo historiográfico tenga que ver con hurgar en esos intersticios y creo que el texto logra recuperar una distinción de temporalidades muy pertinente para pensar este problema, realizando un recorrido entre las escuelas, los autores y los investigadores que son influidos por el proceso político (desde las ideas pero también desde su situación material concreta), pero que también tallan y moldean los contornos de las producciones.

Dicho esto, quisiera resaltar algunas reflexiones que creo que el texto abre, con distinto nivel de profundidad, y pueden ser “pistas” o disparadores para ahondar en este cruce entre historia y política.

Por un lado, que la propia revolución de octubre abre las puertas a una mayor reflexión dentro del marxismo sobre la cuestión de “oriente”. Frente a las expectativas de que la revolución triunfara en Alemania, uno de los centros del capitalismo europeo y sede del más grande partido socialdemócrata de la II Internacional, la misma estalla en el lejano imperio zarista y esto abre toda una serie de interrogantes sobre los modos de pensar la revolución en oriente: ¿Hasta qué punto el caso ruso fue una “excepción”? ¿Inauguraba una nueva tendencia? ¿Qué tenía para aportar “oriente” al marxismo? Estos debates pegarían un salto en los años

posteriores con el triunfo de otras revoluciones en la “periferia”, particularmente la Revolución China pero también los procesos de independencia en Asia y África.

Esta reflexión se combina puertas adentro de la URSS con problemas geopolíticos y militares. Estos en general han sido enfocados en Occidente (la Guerra Fría, la Segunda Guerra Mundial), pero durante gran parte del siglo la cuestión “de oriente” tuvo su peso específico para el Estado ruso y luego soviético: la Guerra Ruso-Japonesa de 1904-1905 (y la declaración de Guerra en 1945 tras finalizar la Segunda Guerra Mundial); desde 1956 la agudización de las tensiones con China hasta terminar en la ruptura de relaciones entre ambos regímenes; la Guerra de Afganistán en 1978; por no mencionar la permanente tensión en la frontera oriental con Estados Unidos. En el caso de Egipto en particular la presencia soviética se acrecienta enormemente desde la década de 1950 y hay una apuesta a que sea uno de sus enclaves geopolíticos sobre los cuales influir en el área de Medio Oriente, sobre todo tras el debilitamiento del imperialismo anglo-francés en la zona, con la perspectiva de que aquel país pueda ser una “puerta de entrada” al mundo árabe.

Vale mencionar que cada uno de estos conflictos implicó nuevos problemas teóricos y políticos para el régimen. Por ejemplo, la revolución china representó un desafío a las lecturas estalinistas sobre la evolución histórica y colocó nuevamente en el centro los debates en torno del “modo de producción asiático”. Sería muy interesante pensar si es posible realizar una comparación entre la periodización de los estudios sobre oriente, y Egipto en particular, y estos procesos políticos. Más aún cuando la teoría elaborada bajo el estalinismo tendió a uniformar el conjunto de oriente y la historia antigua bajo rasgos que abarcaban realidades complejas y diversas.

Respecto a este punto los cruces entre política y producción historiográfica, se pueden hacer extensivos a relación más general entre la egiptología y los vaivenes de la historiografía soviética: ¿Se puede pensar alguna inscripción más general de la egiptología soviética en la historiografía soviética mediada por aquellos procesos sociales y políticos? O dicho de otro modo ¿Se puede pensar de qué modo impactan las lecturas canónicas del estalinismo y los debates sobre la interpretación global de la historia humana en los estudios sobre la antigüedad egipcia?

Por ejemplo, se ha señalado² que 1934 representa el momento de apertura del periodo más marcadamente estalinista en los estudios de historia antigua dentro de la URSS, lo cual se combina con su giro hacia el Frente Popular (que como han señalado muchos estudios implicó una revisión sobre el conjunto de las “historias nacionales” en cada uno de los grupos de la IC en busca del pasado “progresista” de sus burguesías y de luchas “democráticas” contra el autoritarismo). Esto se combinó con la profundización de la idea según la cual era posible alcanzar “el socialismo en un solo país” debido a las particularidades históricas rusas ¿Se puede establecer alguna relación entre ambas cuestiones?

Ya dentro del plano teórico o de la historia intelectual, sin dudas la discusión en torno a los modos de producción y las transiciones de la antigüedad al feudalismo pueden ofrecer otra de las claves para pensar este problema, sobre todo si consideramos el fuerte impacto de la publicación de los *Grundrisse* y las *Formen* para los estudios marxistas sobre la antigüedad. Si el estalinismo presentaba la historia como un modelo acabado, resulta interesante comparar su evolución con otros estudios marxistas no estalinistas del período, que darían otro punto de vista sobre el alcance de aquellos procesos políticos en la producción historiográfica. La posibilidad de incorporar miradas críticas, ya sea desde dentro de la URSS (más difícil de observar) o desde afuera, pero en el mismo campo del marxismo (es decir, sin necesidad de recurrir a teorías o ideas explícitamente anticomunistas), puede poner en diálogo a las escuelas y tradiciones mencionadas en la ponencia con otros actores. También abriría la posibilidad de precisar el alcance del objeto de estudio: ¿“la egiptología durante el estalinismo”? como un punto de quiebre no solo en la historia social y política de Rusia sino dentro de la tradición marxista, de la cual se aleja aceleradamente.

Para terminar, quisiera señalar una última puerta de entrada posible (o al menos que me ha resultado sugerente) y es la dimensión simbólica de Egipto en la política soviética como proyecto estatal. Ha sido señalado el hecho de que el estalinismo como giro conservador, tradicionalista y contrarrevolucionario luego de la revolución de octubre, se apoyó en muchos de los valores y símbolos de la época imperial para construir su poder. ¿Ocupó algún lugar la egiptología en la construcción de esos símbolos de poder? Sin dudas una referencia está

² Petit, P. (1986). “La esclavitud antigua en la historiografía soviética”, en AA. VV. *El modo de producción esclavista*, Madrid: Akal.

en embalsamiento de Lenin: existen documentos que muestran que las indicaciones apuntaban a “seguir el ejemplo de Egipto” en la monumentalidad del mausoleo. Por otro lado, la ponencia menciona la Guerra Fría y la competencia con Estados Unidos por la exposición de restos arqueológicos. ¿Podría pensarse que era esta una de las vías para reafirmar la voluntad de construcción de un proyecto estatal de alcance histórico “universal”?

En síntesis, el trabajo es una convocante puerta de entrada a pensar estos grandes problemas que han atravesado los estudios sobre el comunismo y la URSS en el siglo XX desde una mirada de la historia antigua y sus recepciones.

